

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Volumen 2, Número 2, Agosto 1993

Historia transformista en primera persona

Néstor Portnoy

pp. 109-110

Néstor Portnoy

Historia transformista en primera persona

*Zamba de mi esperanza,
amanecida como un querer,
sueño, sueño del alma,
que a veces muere sin florecer...*

ESTABAMOS en la cancha con mi viejo. Era algo muy parecido a la de Newell's, quizás era la de Newell's, pero algo distinta, más amplia de los lados, más abierta, digamos. No, decididamente no era, porque estaba ubicada al noroeste de Israel, al norte de Haifa, en la zona de Rosh HaNikrah.

Desde las tribunas, aunque era de noche, se veían luces pertenecientes al Líbano y el mar. Con mi viejo estábamos en la platea local del medio de la cancha, primera fila "a rastrón del piso, mejor lugar para ver el partido", según la tan discutida opinión del que me engendró. Aunque luego al comenzar a subir a las plateas altas cambiara de opinión.

La cancha estaba repleta. Como aquella vez en que levantamos el 2-0 contra River que terminó en 6-2. De repente comenzaron discusiones con el *referee* en el medio de la gramilla. Se armó también un lío en el banco de suplentes, y los jugadores comenzaron a saltar el foso separatorio. Estaba entre ellos Sergio Córdoba, que en realidad era Gustavo Kerenko, el que ahora juega en Hapoel Jerusalén.

Mi viejo se fue a buscar café. Volvió y se volvió a ir. Entonces, se vio claramente el problema. Tiroteos en el norte. Se ven los chispazos del fuego de metralla. Mi viejo se retira y chau-picho a mi viejo en esta historia. Por los altoparlantes le piden a la gente refugiarse detrás de

las paredes del lado norte para cubrirse por si llega alguna bala perdida. Salgo a tomar un café.

Estábamos esperando que se tranquilizaran los incidentes en el norte, para que continuara el partido, que no se había suspendido en forma definitiva. Ahí me tomo el café con un amigo joven y una espléndida morocha de ojos verdes, parecida a la enfermera que conocí en Chile, pero incluso más linda, aunque quizás era ella. Yo los invito a ir a la parte sur del estadio, ahí hay una pared enorme y gruesa donde vamos a estar a segura protección de las balas del norte.

Y acá comienza la primera transformación. Llegamos a dicho muro mi amigo el joven, un muchacho algo maduro de cincuentipico de años, y yo. Yo paso a estar despersonalizado, o desdoblado digamos, en esta historia soy por un lado el señor mayor este y quiero que él (yo) sea feliz con la morocha. Pero me entra la duda de si lo soy, porque yo a ellos dos los veo y soy el tercero en cuestión. Entonces me entra la duda, ¿yo seré yo, o seré la morocha? porque yo al señor lo apoyo porque me gusta la chica, pero si la chica soy yo y no el señor, la historia me deja de gustar, pero me quedo sin salida, ya que el señor tiene onda conmigo, en realidad es mi novio, aunque atravesamos una crisis. Pero ahí desaparece del relato la morocha.

¿Dónde estará? ¡Me gusta tanto! Y yo vuelvo a ser yo y el señor me acaricia un poco. Sí, no hay con qué darle, somos homosexuales, lo que me causa un terror del que no puedo huir, porque yo soy heterosexual. ¿O no lo soy y tengo homosexualofobia? Es extraño porque vuelvo a sentirme personalizado como la morocha. El señor me vuelve a acariciar y me dice “tenemos que acabar con esto”. Yo por un lado quiero salir corriendo, pero por otro quiero decirle –“No, charlemos esto, querido” porque si el señor soy yo, quiero que se atraque a la morocha (¿seré yo ella?).

El señor me vuelve a repetir –“Te tengo que dejar... porque... estoy muy enfermo, ¿sabés?... Me voy a morir, tengo arterioesclerosis, y una infección al cerebro”. Nos vamos (¿los cuatro?) a una fiesta que hay en una casa. Que pensándolo bien es el estadio, o dentro de él. ¿Será el seno (útero-matriz) materno? Me entra ahí el terror, porque la morocha se vuelve a personalizar, tiene nuevamente figura, no está más en mí. Ahora yo soy yo, ella es ella, el señor es el señor y el muchacho joven es exactamente eso.

Y yo que la quiero a ella, pero él me quiere a mí. Yo lo rechazo y él me quiere asesinar. Me escapo por la puerta de atrás, él me persigue, me esconde, me descubre, y me tira con un spray paralizante que no actúa bien sobre mí, pero me afecta el movimiento de un brazo y me produce cierta incomodidad de ese mismo lado del pecho. Aparece un muchacho en un camión, con el cual huyo. Al principio tiene buena onda, pero cuando le pido que me lleve a la policía para hacer la denuncia no me toma en serio y agarra para el centro de la ciudad (¿había una ciudad? No. Pero ahora ya es Jerusalén) y me deja ahí.

Yo iba corriendo y busco un taxi. Una prostituta me toma del brazo y me ofrece sus servicios. Me niego, pero al notar ella mi desesperación me dice que no me va a soltar si no le doy por lo menos diez shekels. Logro escapar y subo a un taxi que ella persigue pero no alcanza, ya que cuando ella llega, yo justo bajo el seguro (con el coche en movimiento) y cuando ella intenta meter las manos por la ventana, alcanzo con las justas a cerrarla.

El taxista obediente agarra para la Jefatura de Policía de Jerusalén, que era nuevamente, y con un estilo parecido a la transformación de la cancha de Newell's, la de Rosario, ¿Cómo podía yo aceptar con tanta naturalidad que la Jefatura de Policía de Rosario esté en Jerusalén?

Y así son las cosas, ¿vio? Llegamos y le pago al taxista. La Jefatura está “cerrada” (?). Esto ya se transformó en Rosario. Sí, estoy en Rosario. Y yo acepto con naturalidad, también, que “tan temprano” la Jefatura esté cerrada. Y me voy a tomar un café con leche con medialunas al bar de enfrente, “La pipa de papá”, de la familia de un ex-compañero de estudios que tuve en la secundaria, “el pendejo” Alessandro, y él ahí trabaja de mozo, y su mamá detrás de la barra.

Es un buen lugar, porque me siento en familia, siempre discutimos y hoy también, porque no me permiten que les pague. Yo me siento seguro en ese lugar porque también está el padre del “pendejo”. Y este viejo que había sido “taquero”, más incluso, llegó al grado de comisario-inspector (retirado ya), estaba siempre “calzado” y donde-ponía-el-ojo-ponía-la-bala. Tomé el café con un sentimiento placentero, y mordí la primera medialuna...

Desde la redacción de periodistas deportivos rosarinos de Jerusalén, A. C. V. O. y Jack Benoliel.